

Patriotas indignados

**Francisco Veiga, Carlos González-Villa, Steven Forti,
Alfredo Sasso, Jelena Prokopljevic y Ramón Moles**

(Madrid, Alianza Editorial, 2019)

Patriotas indignados es una ambiciosa coautoría llevada a cabo entre un grupo académico pluridisciplinar con un objetivo común: el análisis de la ultraderecha. Ante el auge de este fenómeno sociopolítico, el estudio de la ultraderecha precisa rigor y exige ser concretado. El enfoque que se utiliza es holístico, abarcando la naturaleza multicausal, histórica e incluso contradictoria del objeto de estudio. Ya en las primeras páginas dejan clara esta postura, distanciándose explícitamente del trabajo de Timothy Snyder, *El camino hacia la no libertad* (2018). En su obra, Snyder presenta a la Rusia de Vladímir Putin como la fuerza primigenia de la extrema derecha en Occidente, valedora y aliada clave del resto de actores de la misma tendencia política en Europa y Estados Unidos. Por el contrario, incluso si en ambos estudios se pueden hallar paralelismos notables en el análisis de la ultraderecha¹, *Patriotas indignados* apuesta por un enfoque ecológico, y no tan lineal, para aproximarse a este fenómeno. El planteamiento aquí escogido permite deconstruir una tendencia política nada monolítica, que acoge a numerosas sensibilidades dentro de este espectro, y por la que se transita como una caja de herramientas de discursos y prácticas a la que acudir en un momento determinado.

Seguidamente, los autores adelantan que no se acudirá al concepto «populismo» como herramienta explicativa *per se* de la ultraderecha: será demarcado por su condición de práctica política y no de ideología. El populismo, como en Laclau, es así entendido como lógica de articulación de demandas de un sujeto popular frente a un poder institucional (Laclau, 2009: 57), acompañado siempre de otras categorías de análisis que atiendan a la diversidad política de la extrema derecha en este caso. En definitiva, la naturaleza de los partidos o líderes que los autores discuten en el libro no será nunca definida únicamente con la etiqueta «populista» —lo cual no hace sino empobrecer el análisis—.

La primera parte del libro hace referencia al fin de la URSS y a su trasfondo ideológico. En concreto, a cómo el desmembramiento del bloque del Este dio paso en varios de sus

¹ Conceptos de Snyder como la «política de la inevitabilidad» (Snyder, 2018: 7) o la «política de la eternidad» (*ibid.*: 35) trabajan también sobre algunas de las ideas tratadas en *Patriotas indignados*. La desilusión de las poblaciones del bloque del Este a las que el liberalismo les prometió un progreso que no llega, o la irrupción de poderes fácticos no elegidos democráticamente, con el consiguiente empobrecimiento de la vida política, son factores que ambas obras identifican como claves en el auge de la ultraderecha en Europa.

países a diferentes tipos de movimientos ultranacionalistas. Bien es cierto que la tirantez entre algunos países del bloque y Moscú ya sentó las bases de un antagonismo en torno a cierto sentimiento criptonacionalista: una primera oleada de desencanto, de 1948 a 1968, enfrentaría a la Rumanía de Ceaușescu o a la Yugoslavia de Tito con la Rusia soviética. Más tarde, entre 1969 y 1989, año de la caída del Muro de Berlín, Eslovenia, Hungría y Polonia, entre otras, protagonizarían el distanciamiento definitivo. Los autores remarcan con acierto cómo las primeras se establecieron dentro de los términos del marxismo-leninismo, con cada país reivindicando sus particularidades nacionales. Las segundas fueron ya de naturaleza rupturista con el comunismo y el bloque soviético.

El período 1969-1989 es al que más atención dedican los autores. Los actores anticomunistas que protagonizaron este tramo histórico llevaron el ultranacionalismo por bandera a la hora de cortar lazos con el orden socialista. Muchos de estos países van a recibir el apoyo de Estados Unidos, principalmente en forma de financiación y haciéndose eco de su carácter de *freedom fighters* en sus medios de comunicación. La excepción más importante que remarcan fue la Serbia de Slobodan Milošević, que se hace con el poder preservando la ideología marxista, aunque ya poniendo en juego una serie de recursos populistas, impregnando su revolución antiburocrática de un fuerte contenido nacionalista y anti-*establishment*. Mientras que los medios occidentales se posicionan en contra de Milošević; otros países como Eslovenia, con una clase política acaudalada con ambiciones secesionistas, o Croacia, con el Gobierno filonazi de Franjo Tudjman, contaron con el apoyo de los vencedores de la Guerra Fría.

El caso en el que más se profundiza es el polaco, un país altamente endeudado y con la imagen del dirigente del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), Edward Gierek, por los suelos. Su débil economía, sumada al auge del sindicalismo nacional-católico de Solidarność, provocaron el golpe de Estado en 1981 del general Wojciech Jaruzelski, hombre del POUP propulsor de un «nacionalismo castrense», clave en la transición de Polonia al capitalismo. Jaruzelski fue el vínculo entre el régimen y Solidarność, que contaba con el respaldo del *soft power* americano a través de *think tanks* y ONG como la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés). En este pasaje, los autores rescatan la obra de Naomi Klein *La doctrina del shock* (2007), para describir la forma en la que se revienta el modelo socialista desde dentro. En un momento de gran inestabilidad, a comienzos de la década de los años ochenta, la costosa invasión soviética de Afganistán y la segunda crisis del petróleo dejaron a la URSS en una situación crítica, a punto de capitular. Sería entonces cuando, a través de economistas de la Escuela de Chicago como Jeffrey Sachs o David Lipton, financiados por el magnate George Soros, introdujeron el sistema neoliberal en Polonia. El modelo neoliberal representaría así una solución cortoplacista a los problemas estructurales del socialismo polaco, un país probeta perfecto con el que experimentar. La Gran Recesión de 2008 y la crisis de este modelo pondrían en duda su viabilidad a largo plazo. Finalmente, en 2015, la desafección de las provincias polacas y del entorno rural darían la victoria a la ultraderecha de Ley y Justicia (LyJ).

La experiencia en Rusia sería en gran medida similar a la de Polonia, solo que más tardía. El populismo neoliberal de Boris Yeltsin sería el resorte que provocaría la aparición de las fuerzas de ultraderecha rusas. Después del intento de golpe de Estado involucionista de 1991, que pudo ser reprimido en parte por la colaboración de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA, por sus siglas en inglés) con la Administración Yeltsin, surge una cons-

telación de organizaciones políticas rojipardas en oposición al presidente ruso, mezclando un fuerte nacionalismo junto con un sentimiento de nostalgia de la URSS. Es aquí donde surge la figura de Aleksandr Duguin, teórico eurasiánista enemigo del atlantismo, que sintetizó una Tercera Vía que supera la dicotomía izquierda-derecha, en oposición a la democracia liberal. Duguin reconciliará el pasado soviético con la historia de Rusia, incorporando los postulados de pensadores como Alain de Benoist, regeneracionista de la derecha radical, o del culturalista Julius Evola. El destino de Rusia, según Duguin, sería el de establecerse como pivote central del eje París-Berlín-Moscú-Teherán, configurando así a un actor en la geopolítica internacional que se posicione frente a un Occidente decadente.

Estos postulados se hicieron eco con la llegada de Vladímir Putin al poder en 2000, deseoso de frenar el avance de la OTAN, pues ya había anexionado varios países del bloque del Este y las repúblicas bálticas. No obstante, como ya remarcan los autores, así como otros expertos en el espacio postsoviético (Galeotti, 2019: 46), el alcance real de las teorías de Duguin estaba alejado del pragmatismo de Putin, y su influencia fue limitada. Esto puede llevar a confusión, pues es cierto que la política exterior de Putin ha combinado el expansionismo y el belicismo en sus fronteras con otros países, como en las guerras de Georgia en 2008 y en Ucrania en 2014, al igual que estrategias de «guerra híbrida» para desestabilizar a las potencias occidentales a través de injerencias como las del referéndum del Brexit y las presidenciales estadounidenses de 2016. Igualmente, el *soft power* ruso ha estrechado vínculos con partidos soberanistas de ultraderecha como la Liga Norte en Italia o el Frente Nacional francés, pero también con partidos de izquierda euroescéptica, siendo Syriza o Die Linke ejemplos de ello. Aun así, esta lógica atendería más a una estrategia de autodefensa frente al cercamiento de la OTAN, mientras que las relaciones con los partidos euroescépticos estarían motivadas por intereses cruzados de diversos actores de la ultraderecha rusa que orbitan en torno al centralismo gubernamental con Putin de árbitro.

Posteriormente, se relata el auge de la extrema derecha en el resto de Europa, a partir de la integración en la UE de los países de la antigua órbita soviética, y la consiguiente entrada en el Parlamento Europeo de partidos ultras y filofascistas. Estas formaciones no solo no rebajaron su discurso, sino que desinhibieron al resto de la derecha radical parlamentaria. Dos países en concreto desafiarían a Bruselas. En 2010, una Hungría dirigida por Viktor Orbán, y más tarde la Polonia de Andrzej Duda, del LyJ, se instalaban en el poder con un proyecto económico contrario al de la Troika. En sus respectivos países, desarrollarían una política que ponía en jaque principios democráticos, como reducir la independencia del poder judicial o de los medios de comunicación estatales. El enfrentamiento con la UE se recrudecería ante su actitud xenófoba a la hora de hacer frente a la crisis de los refugiados.

Los autores ahondan también en la confusión ideológica que propulsó el crecimiento de la ultraderecha. Uno de los mecanismos democráticos que sufrió un importante deterioro, fomentando esta anomia política, fueron las consultas populares o referéndums. El referéndum sobre la Constitución Europea, rechazado tanto por la extrema izquierda como por la extrema derecha en Holanda y Francia; o la forma en que Bruselas ignoró la negativa de la consulta griega sobre el rescate de la Troika en 2015, echó leña al fuego del euroescepticismo, caldo de cultivo de la ultraderecha.

Igualmente, el respaldo de Occidente a líderes que eran presentados como democráticos y que finalmente acabaron experimentando una deriva autoritaria, seguiría generando todavía más ruido en el ideario colectivo europeo. El apoyo a Yeltsin o a Mijeil Saakashvili

en 2003, durante la Revolución de las Rosas en Georgia, líderes a los que se definiría como populistas para camuflar su verdadero despotismo, son casos ampliamente discutidos en este estudio. El culmen de este enredo fue la guerra del Donbass que comenzó en 2014 a raíz de las protestas del Maidán, y que enfrentó a Ucrania y Rusia. Justo después del comienzo de las revueltas, que contaban con la simpatía de Estados Unidos y la Troika, se sumaron grupos de neonazis que más tarde acabarían engrosando las filas de la Guardia Nacional ucraniana. Al igual que durante las guerras de secesión yugoslavas, atrajo como entonces a activistas de ultraderecha de varios puntos de Occidente. Moscú puso en juego una narrativa pos Guerra Fría según la cual Rusia se hallaba de nuevo en guerra contra el fascismo, disimulando el hecho de que en su ejército contaban con soldados posfascistas y rojipardos.

La ultraderecha fagocita así al electorado confuso. Con una socialdemocracia implementando políticas neoliberales e incapaz de encajar el problema de la inmigración, la derecha radical apeló al antiguo votante de izquierdas, poniéndose del lado de la globalización frente a la nación. Una retórica rupturista y provocadora, como si de un *mayo del 68 inverso* se tratara. Frente a una izquierda limitada por el discurso políticamente correcto, la extrema derecha va a ser mucho más seductora. No en vano, contrarrevolucionarios de mayo del 68, como Alain de Benoist, serán los que reformulen la hegemonía cultural de Gramsci, vaciándola del contenido de clase y poniendo el acento en el proteccionismo cultural, en oposición al multiculturalismo y a la globalización. Esto pasó en Italia, donde la resaca posterior al largo mandato hiperpersonalista de Silvio Berlusconi, que degradó tanto la escena política italiana, acabó desembocando en 2018 en la coalición del Movimiento 5 Estrellas (M5S, en italiano) y la Liga, con el ultra Matteo Salvini acaparando la cartera de Justicia, y toda la atención mediática. La Liga, un partido que contaba con antiguos militantes comunistas, entre ellos el propio Salvini, se valió del discurso desacomplejado de Berlusconi para poner en juego una retórica incendiaria antiinmigración y etnoparticularista que aumentaría sus índices de aprobación.

Finalmente, se trata también el tema de la presencia de poderes paraestatales antidemocráticos que surgieron en los países del este de Europa en el orden posterior al colapso de la URSS. La presencia de estos actores antidemocráticos va a generar una sensación de vulnerabilidad en el electorado que le hizo decantarse por vías políticas autoritarias que apuesten por la mano dura. En Rusia y Ucrania, una serie de oligarcas que se hicieron con el monopolio de la explotación de recursos estratégicos, acabaron formando parte de la esfera de poder de sus países, llegando incluso a tener milicias paramilitares a su cargo. Del mismo modo, en países como Bulgaria o Georgia, las instituciones serían también permeables a la influencia del crimen organizado.

En suma, *Patriotas indignados* es una obra de gran calado. Teniendo en cuenta la precipitación con la que normalmente se trata el fenómeno de la ultraderecha, este trabajo extensamente documentado es pertinente y necesario. Su análisis histórico, que concatena los factores estructurales con los culturales, merece la atención de los investigadores que estudien la extrema derecha, así como de cualquier persona con interés en aprender algo más sobre esta realidad sociopolítica.

por Arsenio CUENCA NAVARRETE
arseniocuenca24@gmail.com

Bibliografía

- Galeotti, Mark (2019). *We Need to Talk About Putin: How the West Gets Him Wrong*. London: Ebury Press.
- Klein, Naomi (2010). *La doctrina del shock*. Barcelona: Paidós.
- Laclau, Ernesto (2009). «Populismo: ¿qué nos dice el nombre?». En: Panizza, F. (ed.). *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Snyder, Tymotheny (2018). *El camino a la no libertad*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

The Persistence of Gender Inequality

Mary Evans

(Cambridge (Reino Unido), Polity Press, 2017)

Le corps des femmes: La bataille de l'intime

Camille Froidevaux-Metterie

(Paris, Philosophie Éditeur, 2018)

La sociedad necesita ser repensada por los sociólogos/as. Seguimos inmersos en una narrativa de progreso y de supuesta modernización que ya no funciona. Existe todavía la esperanza de una igualdad de género mayor, e incluso total. Se han hecho progresos... pero las diferencias de género no han desaparecido, generándose en cambio nuevas formas de desigualdad. Los estudios sobre la desigualdad económica suelen ignorar la especificidad de las diferencias de género y de etnia. La categoría de género se ha convertido en más fluida. El feminismo inaugura una quinta generación intelectual, con la aparición casi simultánea de dos libros importantes: uno en Gran Bretaña escrito por Mary Evans, catedrática de la London School of Economics, sobre *The Persistence of Gender Inequality*, y el otro por Camille Froidevaux-Metterie, profesora de Ciencia Política de la Universidad de Reims, en Francia, titulado *Le corps des femmes : La bataille de l'intime*. Son análisis espoleados por la campaña internacional #MeToo, iniciada por el *affaire* Harvey Weinstein¹. Es urgente

¹ Un nuevo feminismo puede ser inventado, según Laure Murat, *Une révolution sexuelle ? Réflexions sur l'après-Weinstein* (Paris: Stock-Flammarion, 2018), 167 pp. Al otro lado del canal de La Mancha, léase el ensayo de Mary Beard, *Women & Power: A Manifesto*, editado en 2017, y en francés *Les femmes et le pouvoir : Un manifeste* (Paris: Perrin, 2018), 127 pp.